

Razones para un homenaje

Sergio López Mena

Es muy honroso para mí participar en este homenaje al maestro Arturo Souto, por varias razones:

1. En varias ocasiones fui alumno suyo, tanto en la licenciatura como en los estudios de posgrado.
2. Fue él quien tuvo a su cargo la dirección de mi tesis doctoral.
3. En mi formación académica ha sido importante escuchar su opinión, no sólo en las aulas, sino también fuera de éstas.

Pero estamos en una ocasión en que resulta oportuno hablar de aspectos de la vida personal y académica que van más allá de lo que puede incluirse en un esquema.

La relación maestro-alumno suele en ocasiones desbordarse. La amistad es la elegancia de la generosidad. Guardo de varios maestros que tuve en la licenciatura, no un aislado gesto de estimación, sino una serie de momentos que conllevaban aprecio hacia mí como persona y como alumno. Fueron maestros para los que el salón de clase se convertía en un punto de partida para andar caminos, las duras o gratas sendas del vivir. Quien, en los años setentas, tomó clases aquí con César Rodríguez Chicharro recordará que su interés por los alumnos no se reducía a transmitirles metódicamente los conocimientos enunciados en los programas de las materias que impartía, sino que había otras vertientes: la absoluta entrega a la corrección de los trabajos de los alumnos y la convivencia extraclase con éstos. Menciono a Rodríguez Chicharro porque, en mi recuerdo, la figura inicial del maestro Arturo Souto está ligada a él. Ambos pertenecieron al grupo de refugiados españoles llegados a nuestro país.

Quizás haya habido en mí un mecanismo de continuidad al buscar al maestro Souto para recibir sus orientaciones académicas, una vez que Rodríguez Chicharro faltó. Varias cosas los identificaban, entre las muchas que compartían con la pléyade de los derrotados por los ejércitos de Franco. Idealistas ambos, creían en el alumno, además de poseer un profundo respeto por las personas, se tratase de quien se tratase. Jamás presencié un gesto de desprecio de Rodríguez Chicharro hacia algún empleado; nunca hubo en él una acción de ninguneo hacia ningún alumno o colega. Más de una ocasión dijo que le satisfacía ver que las nuevas generaciones se hacían notar por su talento y su información, y que los alumnos teníamos la obligación de ser mejores

que nuestros maestros. A Rodríguez Chicharro le gustaba expresar este tipo de “herejías”. Era implacable ante lo que consideraba un atropello a los demás, pero crudo consigo mismo.

En mi búsqueda del maestro Souto como asesor de tesis habría, pues, ese reconocimiento, ese volver a los orígenes, en los que su nombre aparece ligado a quien fuera mi maestro más cercano en los primeros años de formación universitaria.

80

De las enseñanzas del maestro Souto en sus clases de licenciatura, conservo la de la disciplina intelectual, ese camino que puede llevarnos a atender lo que a primera vista parece no decirnos nada, el situarnos frente a un libro o un autor en apariencia lejanos y escudriñar lo que significaron o tienen aún que decir. Al maestro Souto le correspondía, en aquellos años setentas, impartir el curso de Literatura española del siglo XVIII, una etapa no precisamente llamativa para quienes éramos estudiantes. Hablaba de Feijoo, y seguramente era escaso su éxito en cuanto a entusiasmarnos en su lectura a la generalidad de los alumnos. Hoy, Feijoo comienza a ser revalorado. No era un autor de moda hace tres décadas, y no se le reconoció su importancia durante mucho tiempo, pero el maestro Souto trataba de acercarnos a su obra, como una necesidad del conocimiento.

De las clases del maestro Souto en el posgrado, recuerdo sus comentarios sobre Unamuno, Valle-Inclán y Ortega y Gasset. Eran éstos expresados con pasión, con gusto, como de quien había interiorizado a esos autores y por eso podía a su vez darlos a los demás.

Siempre he percibido que en las clases de posgrado es donde el maestro se siente más a gusto, donde la exposición desborda el concepto de proceso de enseñanza-aprendizaje para convertirse en una comunicación de cultura, donde como maestro puede transmitir ideas, experiencias y conocimientos fundamentales, si el alumno aporta una curiosidad y una empatía intelectual relativas al tema. La enseñanza universitaria es interlocución. En el posgrado de esta Facultad, destaca el maestro Arturo Souto como gran interlocutor del alumno. Es receptivo a la sensibilidad, a la cultura, a todo eso que conforma el ser del otro, es decir, del estudiante. No acude al aula a impartir, sino a compartir. Todo lo sabemos entre todos, decía Alfonso Reyes.

La redacción de mi tesis de doctorado fue ocasión para tratar al maestro con cierta frecuencia, dejado ya el cumplimiento de las materias que los alumnos teníamos que cursar en ese ciclo. Sus observaciones enderezaron juicios que yo escribí en torno a la vida de Juan Rulfo y a su obra. La petición de un amigo, Carlos Montemayor, para que participara en la anotación y recopilación de la obra de Rulfo me había dado la oportunidad de reflexionar acerca de este autor cumbre de la literatura mexicana, si bien venía dedicándome al estudio de la literatura colonial. Mis reflexiones tomaron forma en una tesis

dirigida por el maestro Souto, en la que exploré las relaciones entre la vida del autor y su obra, así como el contexto social en que ésta se produjo y el proceso de elaboración de *El llano en llamas* y de *Pedro Páramo*. No obstante la ya amplia bibliohemerografía existente sobre el tema en esos momentos, 1990, mi investigación aportó elementos para la mejor comprensión del fenómeno literario que representa la escritura de Rulfo. A esa investigación, que recibió los honores de la imprenta en la colección Biblioteca de letras, con el título *Los caminos de la creación en Juan Rulfo*, siguieron varios ensayos y otro volumen de mi autoría sobre el autor jalisciense. Impulsó el maestro Souto mi dedicación sistemática al escritor mexicano, y seguramente no pocas de las ideas que he escrito en torno a éste tienen ecos de nuestras frecuentes pláticas, como las aportaciones de Rulfo a la narrativa mexicana: el punto de vista, la construcción de personajes complejos, la relación del hombre con sus circunstancias. Una ayuda muy valiosa del maestro Souto lo fue su conocimiento de la época en que se publicaron los libros de Rulfo. Él mismo había reseñado, en *Ideas de México*, *El llano en llamas*, de manera que estaba ante un testigo y un actor de esa década crucial en la historia de la cultura mexicana del siglo xx, la década de 1950.

81

La reseña del maestro Souto fue luminosa. Dijo que Rulfo destacaba como constructor de personajes: allí estaba la grandeza del peregrino de Talpa. Señaló también la perenidad de la obra de Rulfo, su sentido clásico. Luvina, dijo, es un pueblo que nadie podrá olvidar. Habló asimismo de la violencia mexicana como una barbarie singular, distinta del tremendismo de que daba cuenta la novela española de ese tiempo. Souto coincidió con Emmanuel Carballo en la afirmación de que Arreola y Rulfo eran los mejores escritores del momento. El tiempo le dio la razón. Arreola y Rulfo son los dos grandes narradores mexicanos de mediados del siglo xx.

Lo primero que me impactó de Rulfo fue el tema recurrente de la pobreza, de la miseria económica en que viven sus personajes, caldo de cultivo de la pobreza moral. Recuerdo que, acerca de la pobreza del México de mitad del siglo, hablamos el maestro y yo en varias ocasiones. La pobreza de los muchos pies descalzos que al joven Arturo Souto le habían impresionado en la ciudad de México en los años cuarentas.

El tema de la pobreza ha sido una constante en una de las vertientes más significativas de las letras mexicanas. No debe cabernos duda del compromiso de Rulfo con la realidad de los pobres; una realidad que mostró sin complacencias y sin concesiones, ni aun con quienes la han sufrido tradicionalmente, los hombres del campo y de las poblaciones pequeñas. El tema adquirió en Rulfo una nueva forma.

Los primeros artículos que publiqué fueron revisados por los maestros Rodríguez Chicharro y Arturo Souto. Rodríguez Chicharro me recomendó

desterrar de la escritura las palabras domingueras, al comentarme un texto sobre Rosario Castellanos y la novela indigenista que me habían pedido para una publicación de la SEP. El maestro Souto me alentó en la escritura de ensayos al señalarme aciertos de un artículo que yo iba a entregar a una revista de Acatlán, *Luces de bohemia, aspectos del esperpento*. Rodríguez Chicharro se había especializado en la novela indigenista. El maestro Souto es un gran conocedor de la obra de Valle-Inclán, y en general de los autores de la Generación del 98, entre otros temas. Mucho llegamos a hablar de este autor, y aun de cómo Alberto Gironella se había convertido en un cofrade de don Ramón María. Gironella, me dijo una día, quiere demandar a Carlos Fuentes porque anda hablando mal de Valle-Inclán.

82 Para el maestro Souto, la vocación de la enseñanza no puede burocratizarse en el cumplimiento de un horario o de determinados días de atención a los alumnos, como tampoco constreñirse a la vida universitaria de la UNAM. Él es un universitario de tiempo completo en el más claro sentido de la palabra, con disposición absoluta para leer tesis, asesorar alumnos, participar en comisiones. Ha acudido a diversos lugares del interior para impartir conferencias, diplomados o materias de maestría. En 1988, aceptó compartir con los profesores del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco sus experiencias de lectura del *Quijote*, en un ciclo que organicé en dicha institución. En 1995, me correspondió invitarlo a impartir un curso de literatura hispanoamericana a la Universidad de Colima, lo que aceptó generosamente, a pesar de las fatigas que representaban los viajes a esa ciudad en ocho fines de semana continuos. En opinión de los universitarios de Colima, esa maestría tuvo catedráticos de lujo; uno de ellos, el maestro Souto.

La conversación es uno de los aspectos centrales de la vida universitaria, pero ante la dinámica y las prisas de los tiempos actuales comienza a ser escasamente cultivada. El maestro Souto busca el intercambio de ideas con colegas y con alumnos porque está convencido de que la conversación es una forma de enriquecimiento humano.

Humanismo es, finalmente, la palabra que puede darnos la clave para valorar la labor universitaria del maestro Souto. Humanismo, porque en el centro de su vida, de sus ideas, de su docencia, ha estado siempre el ser humano, no en abstracto, sino en la realización específica del alumno y del colega. Es ése el reto de siempre para los intelectuales: no olvidar al hombre al dedicarse a las ideas; no atender al ser humano desechando los pensamientos, que en el caso del maestro Souto, creo, vienen de la tradición kantiana, que pide al hombre: sé como si constituyeras el modelo para los demás hombres, es decir, vive de tal manera, que al morir no tengas nada de qué arrepentirte.